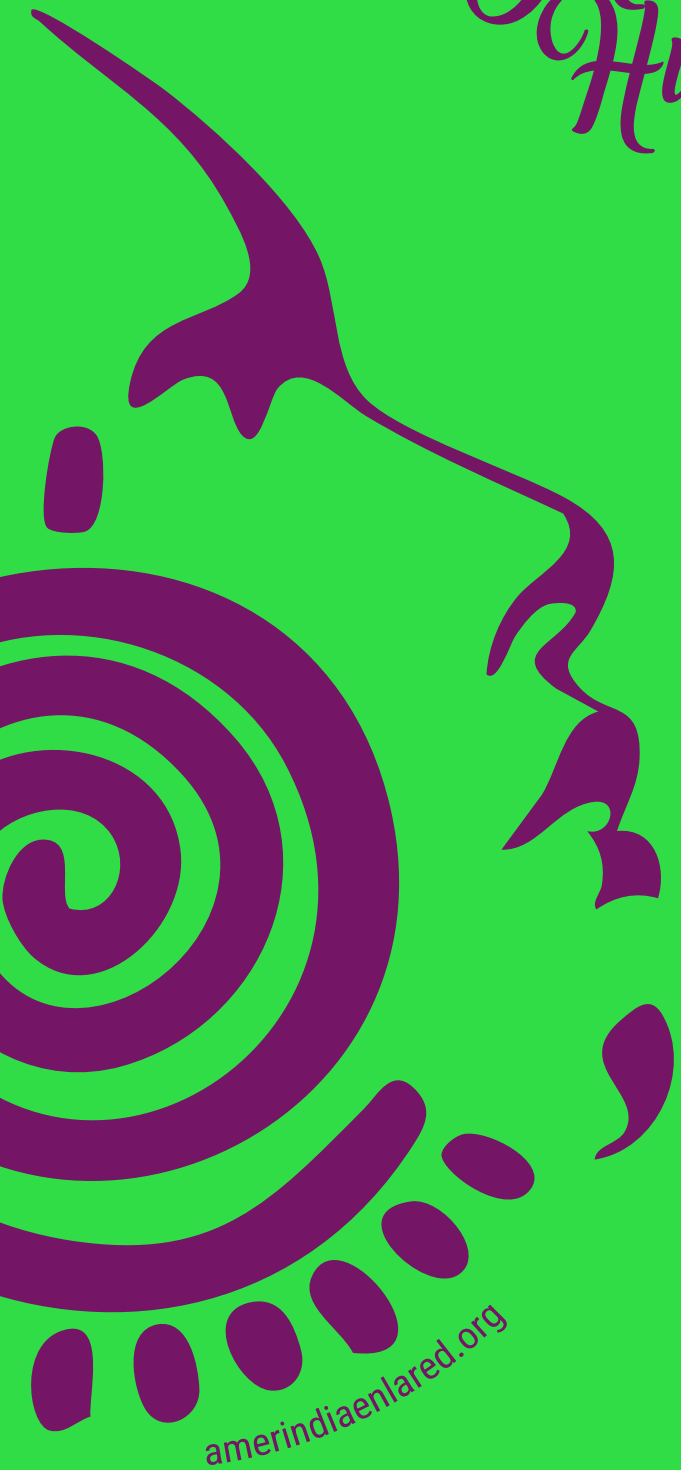
Magnifica Humanitas

Pensar el presente y el futuro desde la opción por los pobres y por la Tierra



amerindiaenlared.org

¿Qué significa ser humano hoy? Transhumanismo, poshumanismo y fraternidad cósmica

Pedro Trigo

Amerindia

Conversatorios 2026

CÓMO CONCIERNE A LA IGLESIA, A LOS POBRES Y A LA MADRE TIERRA LA *MAGNIFICA HUMANITAS*

una encíclica sobre la calidad humana

El papa León XIV escribe una encíclica sobre la calidad humana porque ve a la humanidad en una encrucijada: los que dominan esta figura histórica están construyendo la torre de Babel: pretenden llegar al cielo, ser como dioses o más exactamente como ellos creen que es Dios: el que hace lo que le da la gana y está más allá del bien y del mal, y por eso reducen a la mayoría a trabajadores para ellos que sólo pueden sobrevivir y cada vez más personas se quedan afuera, totalmente desamparadas. Escribe sobre la calidad humana porque en los que mandan sólo cuentan las cualidades y la calidad está fuera de horizonte. Desde el comienzo coloca a Jesús de Nazaret como el paradigma de esa humanidad magnífica, es decir, no sólo el más humano, sino el que con sus palabras y con su vida nos hace ver en qué consiste ser humanos y, sobre todo, el que nos humaniza con su relación fraterna.

Los cristianos, conscientes de que estamos cimentados en Jesús de Nazaret, reconocemos a los demás seres humanos como los compañeros de camino y corresponsables en la tarea de echar adelante la humanidad y así humanizarnos. La Iglesia no es así una institución especializada en el asunto particular de lo religioso, sino como un sacramento "de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (2)[1]. Así pues, como la *Fratelli Tutti* (*Todos hermanos*), del papa Francisco, ésta es una encíclica dirigida a toda la humanidad. Y lo lleva a cabo de modo consecuente: cualquier ser humano interesado en la humanidad la puede leer y dialogar con ella con provecho.

el aporte específico de los cristianos

En esta obra compartida el aporte de los cristianos es "orientar la acción hacia Dios, para que, bajo su luz, el pluralismo no se disperse en el desorden, sino que, en la práctica de la sinodalidad, se convierta en el espacio en el que la humanidad recupere sus cimientos sólidos y su fin último" (id). Este fin último de la humanidad es la comunión con Dios. Y ésta se da, no pretendiendo ser como creemos que es él: invulnerables, porque "la verdadera realización no nace de la eliminación de las fragilidades, sino de un crecimiento armonioso: allí donde la libertad y la responsabilidad se entrelazan con el cuidado recíproco y la verdadera solidaridad, y donde el progreso se mide por la dignidad de cada uno y por el bien de los pueblos" (12). Para nosotros los cristianos, "la justicia social es una forma concreta de seguimiento de Jesús y de fidelidad a su Evangelio" (77). Y está encaminada a la constitución "de un orden social, económico y político que permita a todos —y en particular a los más frágiles— vivir de manera realmente humana" (77).

Por eso el sujeto no puede ser una élite desconectada, sino todos con su aporte específico: "científicos e investigadores, empresarios y trabajadores, educadores y legisladores, sociedad civil, movimientos populares y comunidades de fe" (13). Esto requiere criterios de discernimiento: "la dignidad de la persona, el destino universal de los bienes, la opción por los pobres, el cuidado de la Casa común, la paz" y prácticas: "planificación responsable, evaluaciones del impacto humano y social, inclusión de los más frágiles, alfabetización digital, investigación e industria orientadas a la justicia y la paz" (14). Esto es así porque "las injusticias no nacen sólo de decisiones equivocadas de los individuos, sino también de estructuras, mecanismos, sistemas económicos y culturales que producen desigualdad casi automáticamente" (79). Superar esta situación de pecado entraña tanto "combatir leyes y prácticas discriminatorias", como "favorecer procesos de sanación" (id), tanto personales como

[1] Ponemos entre paréntesis el número en la enumeración de la encíclica al que hace referencia la cita

colectivas. Una sanación colectiva que no se puede obviar es afrontar en cada país "las causas profundas que obligan a migrar" (81).

Ahora bien, para el papa lo más radicalmente inhumano de esta globalización es no reconocer "nuestra finitud constitutiva". No se percibe ni que somos constitutivamente limitados, ni que precisamente en estas limitaciones "encuentran lugar la compasión, la sincera preocupación ante las necesidades de los demás, la generosidad" (119): la calidad humana. Su conclusión, con la que estamos completamente de acuerdo, es la siguiente: "Por eso la humanidad —magnífica y herida— no debe ser sustituida ni superada; puede acoger los progresos de la técnica para aliviar los sufrimientos y abrir posibilidades nuevas, siempre que no reniegue de aquello que la hace ser ella misma, es decir, la capacidad de relación y de amor" (126).

Son propuestas muy concretas que tienen que ser aceptadas y llevadas a la práctica por cada persona e institución, cosa que casi no sucede.

Jesús de Nazaret es la fuente de la calidad humana

En definitiva, se trata de salvaguardar y ejercitar la calidad humana cuya fuente es Jesús de Nazaret: "En la era de la inteligencia artificial, en la que la dignidad humana corre el riesgo de verse eclipsada por nuevas formas de deshumanización, tenemos el deber urgente de permanecer profundamente humanos, custodiando con amor esa magnífica humanidad que se nos ha dado y revelado en plenitud en Cristo, y que ninguna máquina podrá jamás sustituir en su esplendor (15). Si Dios es nuestro horizonte y el ser humano el centro, "las piedras desechadas —los pobres, los enfermos, los migrantes, los pequeños— se convertirán en piedras angulares, y sobre la tierra surgirá un hogar común sólido y hospitalario, donde el amor y la verdad finalmente se encontrarán, y la justicia y la paz se besarán" (16). Ésta tendría que constituirse en la propuesta concreta de las instituciones cristianas y la dirección vital de cada cristiano.

La introducción concluye con esta exhortación: "con ánimo de pastor y de padre, pido a todos que detengan la construcción de la enésima Babel y que unan fuerzas para edificar en el bien, para que la humanidad nunca pierda su propia belleza y el mundo pueda reconocer una vez más, en el corazón del ser humano, el lugar donde Dios desea habitar" (id). El propósito es, pues, que se detengan los mecanismos deshumanizadores que llevan la voz cantante para que reine la calidad humana. Ese propósito del papa es en el fondo el designio de Dios y tiene que ser nuestro designio.

aporte específico de la Iglesia a la sociedad para reconocer y elegir lo humanizador

La Iglesia reconoce la autonomía de las realidades terrenas y sin embargo "participa con compromiso en los caminos a través de los cuales la sociedad misma crece y se organiza, y ofrece su contribución al logro de una convivencia más justa y fraterna" (19). En lo primero que se fija es en el trabajo: "la primacía del trabajo humano sobre cualquier lógica puramente productiva o financiera, con la consiguiente atención a las personas y a las familias más expuestas a la explotación, y el vínculo indisoluble entre el anuncio evangélico y la búsqueda de un orden social más justo" (30). Para lograrlo "exige juzgar cada modelo de desarrollo por su capacidad de ser inclusivo y sostenible, recomponer la relación entre economía y política en torno al bien común y reconocer a la caridad un papel crítico y generativo en la vida pública" (41). Por eso pide una política que garantice «tierra, techo y trabajo para todos» (44). Corresponde al Estado garantizar una justa organización de la sociedad "buscando el equilibrio entre bienes particulares y bienes de conjunto, sin dejar atrás a los más débiles" (63).

Esta función se aclara en una cita que trae del Concilio: "la creación lleva impresa una bondad originaria que la mirada humana debe custodiar, cultivar y hacer madurar./ En este horizonte, la Iglesia se ofrece como una presencia que ayuda a leer en profundidad la realidad,

sosteniendo con humilde firmeza aquellas decisiones que promueven la dignidad de cada persona, la cohesión de las comunidades y el bien de todos" (20). Una concreción muy pertinente hoy del bien común es "que los bienes de la tierra —el suelo, el agua, el aire y los recursos naturales— han sido dados por Dios a toda la familia humana" (65) y que cada persona tiene derecho originario a esos bienes y que la propiedad privada no puede funcionar de tal modo que de hecho lo anule.

Así pues, el papa propone cambiar radicalmente el modo de ver la naturaleza y tratar con ella: no se trata meramente de recursos que hay que explotar hasta donde se pueda, sino de que lo que existe es en el fondo bueno. Y por eso hay que tratarlo con respeto como algo valioso, no sólo útil.

lo dicho para la sociedad vale también para la Iglesia

Ahora bien, antes de hacerlo, le parece imprescindible expresar que lo dicho para la sociedad vale igual para la Iglesia: "El bien común, en el ámbito eclesial, toma el rostro de un estilo sinodal para la misión al servicio del Reino" (86). La subsidiariedad se expresa como "responsabilidad de los fieles y de los cuerpos intermedios eclesiales" (87) y la participación pasa por el funcionamiento expedito de "organismos de participación reales" (id). La solidaridad "tiene su fuente en el misterio de Cristo" (88) ya que en él somos "un solo cuerpo y un solo espíritu, un solo corazón y una sola alma" (id).

El papa reconoce, no sólo que esto no se da suficientemente, sino que se ha vulnerado la dignidad de no pocos cristianos y por eso exige "reconocimiento del daño, la reparación justa y la prevención" (89). Y para que esto se dé efectivamente pide que se promuevan modos concretos de "evaluación del ejercicio de las responsabilidades ministeriales" (id).

La Iglesia condena las formas actuales de esclavitud, pero no la condenó durante siglos

La Iglesia condena estas nuevas formas de esclavitud, que son más vergonzosas porque los responsables se tienen "como sociedades 'avanzadas' y 'civilizadas'" (174). Como se ve, todo conduce a lo mismo: la innovación técnica debe medirse por el grado en que contribuye a fomentar la calidad personal o en que la vulnera. Ahora bien, nunca condena a la técnica sino a la manera como se maneja, y aboga por su trasparencia y control púbico. Lo que supone la relativización de la propiedad privada, que es lo que hoy se absolutiza.

El papa reconoce que el problema no es sólo de la sociedad sino también de la Iglesia. Por ejemplo, siempre ha considerado sagrada la dignidad de la persona, y sin embargo hasta el siglo XIX, no sólo no condenó la esclavitud, sino que tuvo esclavos y la reguló oficialmente a petición de soberanos que se entendían como cristianos. "Se trata de una herida en la memoria cristiana a la que no podemos considerarnos ajenos" (176). Por eso, añade, "en nombre de la Iglesia, pido sinceramente perdón" (id).

Este reconocimiento exige asumir la responsabilidad actual: "hoy nos corresponde ser directos y firmes a la hora de denunciar la trata" (177) y con otros muchos arbitrar caminos reales de prevención, liberación y rehabilitación (id). Por eso, "cuando la dignidad de los hermanos se ve desfigurada, cuando la política no responde a los dramas de la humanidad, cuando la economía se vuelve contra la persona o la ciencia traspasa los límites de su método" (…) la Iglesia "debe hacer oír su voz" (27).

cómo vivir cristianamente este cambio de época

Para concluir se propone entregar un itinerario de vida cristiana con el que vivir este cambio de época a la luz del evangelio: "Es un camino que nace de la contemplación del designio de Dios, vive la unidad eclesial nutriéndose de la Palabra y de la Eucaristía, construye el bien en el mundo y ora junto con la Virgen María" (id).

“En el centro está el misterio de la Encarnación: el Verbo se hizo carne”. “En esta carne herida y amada, el Padre nos muestra la verdadera humanidad de una vida que se realiza en la apertura y en la comunión” (231). “Mientras las ideologías antiguas y nuevas empujan al hombre a la superación técnica del límite y a elevarse por encima de los demás para afianzar un dominio, el misterio del Hijo de Dios que entra en nuestra condición narra un movimiento opuesto: (…) asume nuestra debilidad y la transforma en lugar de salvación” (232). “Lo que salva al hombre es el amor divino que desciende hasta el punto más frágil de su historia y la regenera desde lo profundo” (id).

Concretándolo: Jesús nació en una familia pobre y cuando salió a la misión no tuvo dónde reclinar la cabeza. Dio de sí incomparablemente más que todos nosotros, se dio completamente a sí mismo; pero nos enriqueció con su pobreza: cada día tuvo que recibir la comida y el alojamiento. Dio lo que contiene más calidad y recibió lo más elemental e indispensable; pero quienes se lo daban lo hacían en agradecimiento por lo que les agraciaba su relación. Es la concreción del título: la magnífica humanidad consiste en darse y recibir gratuitamente por amor.

el Hijo de Dios es la magnífica humanidad que se nos entrega para que la realicemos: expresiones de que lo hacemos

“Por eso, como creyente entre creyentes, invito a contemplar en el rostro del Hijo una *magnífica humanidad* que también ilumina la época de la IA” (233). Ningún sistema de cálculo es capaz de generar “un corazón que se entrega, ni una conciencia capaz de discernir el bien”. “El centro de la historia sigue siendo un rostro humano que exige ser contemplado. Este rostro humano es la plenitud hacia la que camina la historia” (id).

Este rostro, que es el don de Dios, se hace presente en “en la Eucaristía, en la cual el Señor se comunica y reúne a la Iglesia, para que su entrega se convierta en principio de unidad y fuente de vida nueva. De esta comunión nace también la solidaridad cristiana” (234).

Es verdad porque sólo se recibe en verdad a Jesús de Nazaret cuando se lo entrega: “La Eucaristía nos mueve a la justicia y al compartir, con una atención preferencial hacia quienes sufren el peso de la pobreza y de la marginación” (235).

Participamos de una obra ya iniciada y hoy estamos llamados a “ser fieles a la verdad, invertir en la educación, cuidar las relaciones, y amar la justicia y la paz” (236).

“La fidelidad a la verdad exige integrar las posibilidades que ofrece la técnica en un camino de sabiduría, capaz de custodiar juntos la dignidad de cada persona y el futuro de nuestra Casa común” (237).

La educación comienza por nosotros mismos: “Todos necesitamos formarnos para vivir en el mundo digital de manera humana” (238). Pero además tenemos que “educar a las nuevas generaciones para que logren creer que la evolución de las tecnologías (…) puede estar orientada por la responsabilidad personal y colectiva” (238).

Es preciso cuidar las relaciones, incluso la presencia física: “la mesa compartida, la comunidad cristiana que se reúne, la visita a quien está solo, el servicio a los pobres” (239). Son signos de que creemos “que cada cuerpo es templo del Espíritu y casa de Dios” (id).

“Cada decisión técnica o económica se convierte en (…) una ocasión para verificar si los avances de la IA abren espacios de justicia y participación o concentran la riqueza y el poder en manos de unos pocos” (240). Quien cree se compromete para que “en vez de la industria de la guerra se afirme la artesanía de la paz” (id).

El papa invita a hacer hoy como hizo Nehemías en la reconstrucción de Jerusalén: entrar en los “laboratorios de investigación, empresas tecnológicas, escuelas, medios de comunicación, instituciones, comunidades locales— para levantar lo que se ha derrumbado y proteger lo que está expuesto” (241), es decir para rehumanizar lo deshumanizado y para que no se deshumanice lo que está en peligro. Para el papa no basta con no hacer mal: es

indispensable asumir la técnica para cambiar desde dentro la dirección deshumanizadora que hoy prevalece.

En la nueva Jerusalén, que desciende desde el cielo las puertas están abiertas a todos. “La ciudad es un nuevo Edén, con su agua viva donada a los sedientos y con su árbol de la vida, cuyas hojas sirven ‘para curar a los pueblos’ (*Ap* 22,2)” (242). Hacia allí nos encaminamos, motivados por la esperanza, superando las divisiones y trabajando juntos.

Tenemos que ver y orar como María: ella ve que Dios la ha elegido siendo tan pobre. A la luz de esta lógica divina, lee la historia: Dios hace proezas con su brazo, acabarán triunfando sus designios, aunque “nada ha cambiado a su alrededor: la situación sociopolítica de su época sigue siendo la misma, con los romanos que dominan su tierra y su pueblo dividido y humillado” (243). Ella secunda la obra de Dios con completa fe esperanzada. Lo mismo tenemos que hacer nosotros.

En concreto, en su cántico nos enseña a mirar al mundo desde los que sufren; y habría que añadir que también nos enseña que Dios toma partido por ellos.

Concluye la encíclica pidiéndonos: “Con la misma fe de María, convirtámonos en tejedores de esperanza en nuestro mundo, compartiendo lo que somos y lo que tenemos, para que la presencia de Jesús crezca entre nosotros y su Reino tome forma” (245) ya que también en el tiempo de la IA actúa el Espíritu. Y, corroborando todo lo que ha dicho, le pide a María que nos acompañe para “que podamos testimoniar la belleza de una magnífica humanidad habitada por Dios” (id).

> Yo también quisiera concluir pidiendo que todos los seres humanos comprendamos que cultivar la calidad humana es lo único decisivo, que las cualidades y todo lo útil, en lo que entra la IA y todas las demás innovaciones técnicas, sólo tiene sentido en cuanto es expresión de ella. Que lo aceptemos y vivamos y que lo propongamos por todos los medios posibles